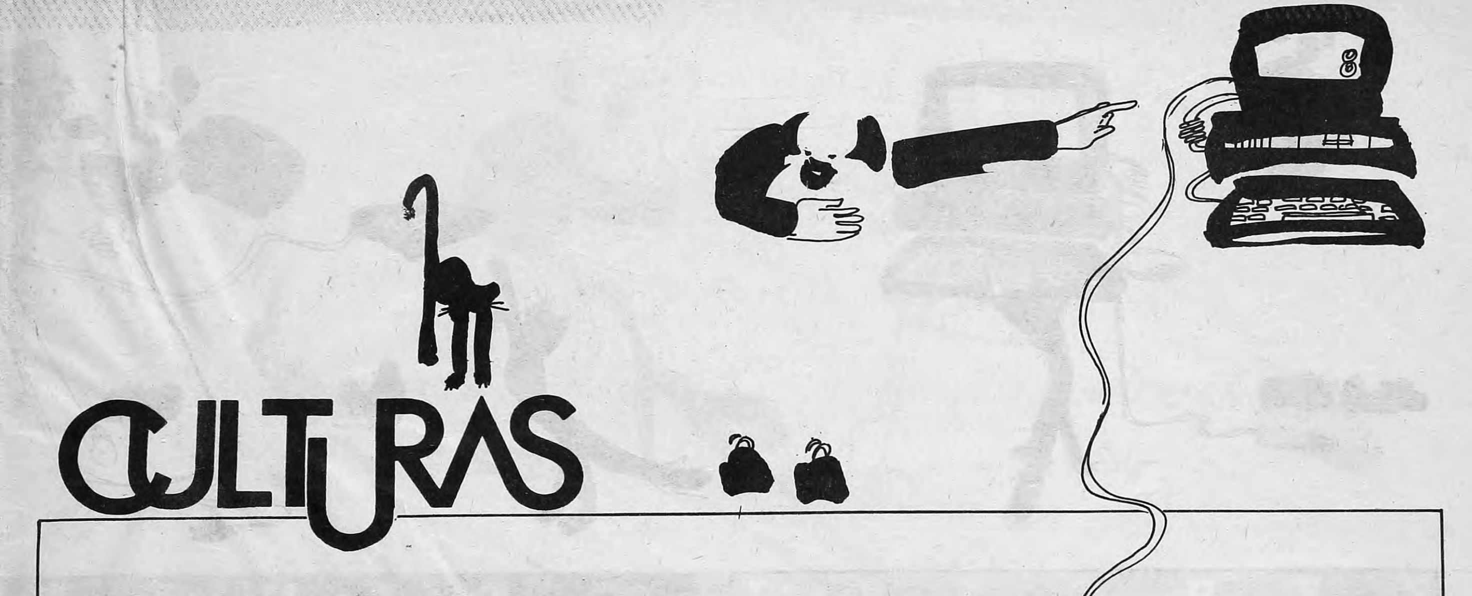
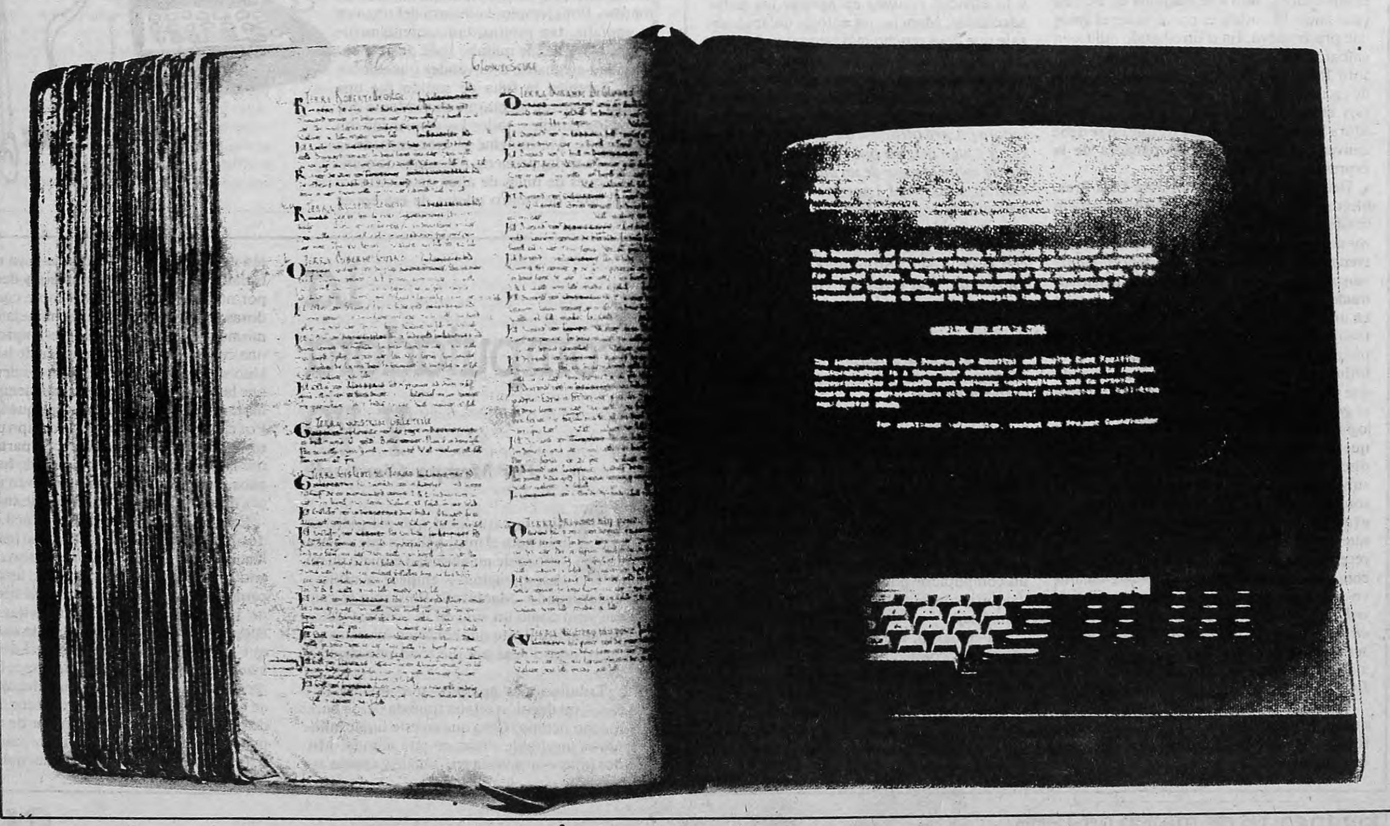
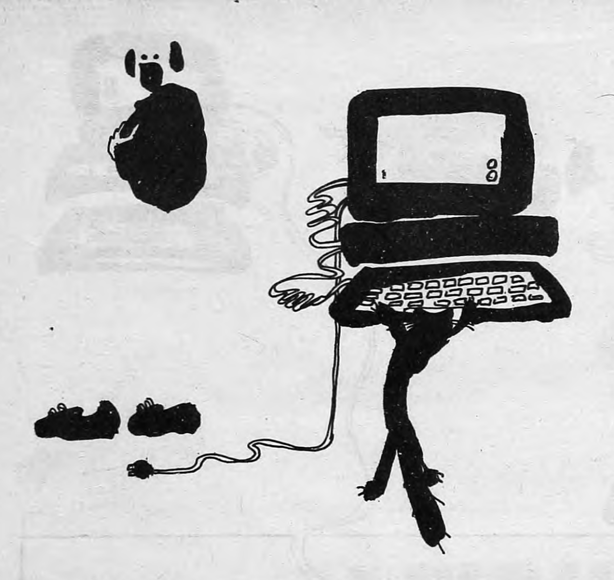


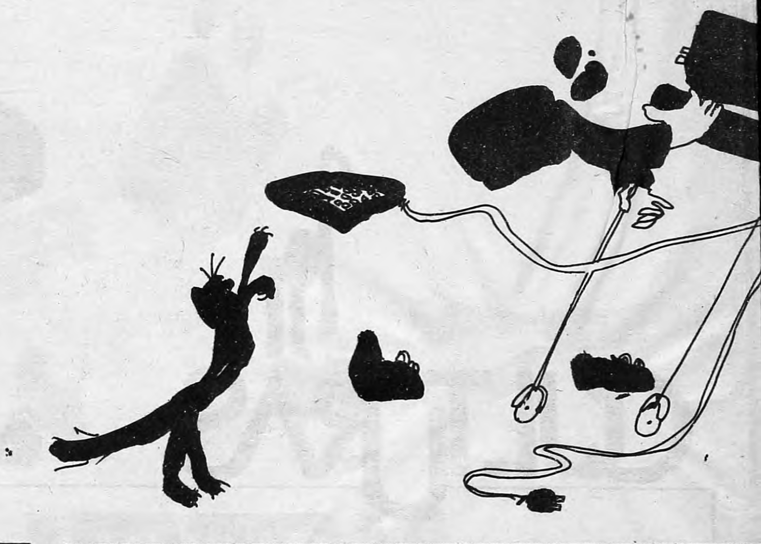
Escritores e informática

ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO

En la variedad de medios que se han sucedido durante siglos para transmitir y conservar las ideas humanas, la máquina de escribir perduró poco más de un siglo. Antes, se llegó desde la incisión sobre la roca hasta las pantallas y las teclas de las computadoras. En un exitoso libro publicado en 1984, *Escribir con la computadora*, el suizo Claudio Pezzoli afirmó que "la actividad de fondo es la misma. Sigue tratándose de un trabajo artesanal en el que lo único que cambia es el instrumento, pero el empeño efectivo es el mismo". Este juicio optimista cuenta con un argumento a su favor, el uso de una tecnología soft, la computadora personal. Desde principios de esta década, las computadoras han invadido tanto los lugares de trabajo como los estudios de numerosos escritores. En este caso, la irrupción fue siempre discutida y la relación intelectual-computadora tuvo no pocas dificultades. Extraordinarias para algunos, frías e insensibles para otros, las computadoras están ganando cada vez más espacio en la Argentina. Este suplemento intenta rastrear los laberintos de la tan temida inteligencia artificial. Los escritores Tomás Eloy Martínez, Antonio Dal Masetto, Mempo Giardinelli y Carlos Gorostiza escriben acerca de estos sofisticados aparatos y la relación que mantienen con ellos.







UNA MAQUINA DE PRO Y CONTRAS

Por Viviana Gorbato

Cuando Gabriel García Márquez anunció al mundo que estaba escribiendo una novela utilizando su computadora, la sorpresa fue mayúscula. Costaba imaginar al hombre que recibió el Premio Nobel vestido con una guayabera, ahora prendido a la pantalla de un ordenador como un yuppie de Nueva York. Resultaba incongruente la imagen de un coronel analfabeto confiándole sus pesares a un escriba electrónico o la de una Remeditos levitando entre bytes y diskettes. Macondo siempre estuvo más cerca de la alquimia que de la informática.

La aparición de *El amor en los tiempos del colera* avivó la polémica. Si bien el libro pronto fue best-seller, la opinión de la crítica no fue tan unánime. En voz baja, muchos echaron la culpa del vuelco estilístico del creador de *Cien años de soledad* a su romance con las modernas tecnologías.

Aunque cada vez son más los intelectuales que utilizan un ordenador, todavía la polémica sigue en pie. Entre los recalcitrantes más combativos están figuras de la talla de Camilo José Cela y Juan Goytisolo. Este último ha declarado que recurrir, no ya a la computadora, sino a la máquina de escribir para hacer literatura es como hacer el amor con preservativo. En el otro bando milita sin embargo una figura patriarcal como el filósofo José Ferrater Mora, el respetado autor de los tan mentados y voluminosos diccionarios especializados. Sobriamente, Ferrater Mora ha hecho la salvedad de que no se debe convertir a la máquina en panacea de la expresión.

Delirante de entusiasmo, José Luis Brea, dilecto alumno de Jean François Lyotard, entiende que *"las nuevas tecnologías van a alterar de forma profunda la personalidad de los creadores y, lo que es aun más impresionante van a derribar la credibilidad de los discursos tradicionales"*. Por lo menos es lo que sostuvo en un Congreso de Filósofos Jóvenes que se realizó en Alcalá de Henares. Este pensador posmoderno español utopiza sobre la influencia de las computadoras sosteniendo que por ellas el saber adquiere nuevo rango y se generaliza. Subraya que las nuevas tecnologías aumentan la "velocificación". Advierte que, mientras en el pasado la difusión de los discursos era lenta y alcanzaba lentamente su vigencia paradigmática, ahora los plazos son mínimos y diluyen la credibilidad de los grandes discursos globalizadores. Las nuevas relaciones productores-discursos y receptores-discursos son tan importantes como *"el descubrimiento de la imprenta, que en su momento cambió el discurso sobre la credibilidad de la fe. Y si aquel fue un paso en la pérdida de toda ilusión, la telemática sería un nuevo paso. Esta conciencia desilusionada va a afectar la producción de filósofos y narradores"*.

Más allá de Brea y su cruzada iluminista contra los que defienden intereses arcaicos, son muchos los intelectuales que consideran que en el uso cotidiano de un ordenador para su trabajo no hay ningún misterio. Generalmente, un escritor, periodista o filósofo accede al mundo de la computación a través de un "procesador de palabras" que es, simplemente, un programa que aplicado a un ordenador se convierte, como explica el escritor español Alfonso Armada, en *"una herramienta privilegiada para nuestra tarea. La facilidad para corregir, mover párrafos, cambiar y buscar palabras, almacenar y conservar, sacar copias y revisar un texto son infinitamente superiores a las prestaciones de una máquina de escribir tradicional o eléctrica"*.

Generalmente, se cree que un intelectual debe aprender informática para gozar de los beneficios de esta especial secretaria electrónica. Tonterías. El niño que dibuja una tortuga con su pequeña computadora generalmente sabe más de programación que el individuo que se traduce toda *La Divina Comedia* del Dante utilizando un procesador de palabras. Sólo es necesario tomar dos o tres clases, practicar con un poco de paciencia y, sobre todo, no hacerse demasiadas preguntas metafísicas. El word proccessor no es más que una sofisticada máquina de escribir y lo esencial consiste en apretar las teclas adecuadas. Manejar un auto es un aprendizaje que lleva mucho más tiempo y sigue todavía siendo muchísimo más complejo.

"Traten de imaginar una vida en la cual escribir es el instrumento imprescindible de expresión, necesario, inevitable. La computadora no será otra cosa que un juguete silencioso y algo mágico que la providencia hace mover sobre la mesa de un anciano" opina el escritor sueco Olaf Lagercrantz. Este compatriota de Ingmar Bergman, autor de *Mi primer círculo,* una reciente biografía de Joseph Conrad que por momentos confronta, con la de August Strindberg manifiesta un solo temor: *"que la relación entre la mano y el signo se rompa con la computadora, que lo concreto del contacto que se realiza al dibujar la forma de la letra sobre el papel se convierta en lo abstracto, por una abstracción huidiza. Pero hay que saber rechazar todo sentimentalismo"*.

Los argumentos eróticos del tipo de los de Goytisolo *("amor con preservativos")* no dejan de tener su cuota de verdad. Se pierde la angustia de la hoja en blanco, los arranques pasionales con que se aporrean las teclas, bofetadas que adquieren el sonido de una pasada de carro o el curioso perfume de la tinta en las manos. Tampoco es fácil imaginarse a Sartre escribiendo en el Dôme de París con un computador o a Hemingway mezclando daiquiris con visores en el Floridita de la Habana Vieja.

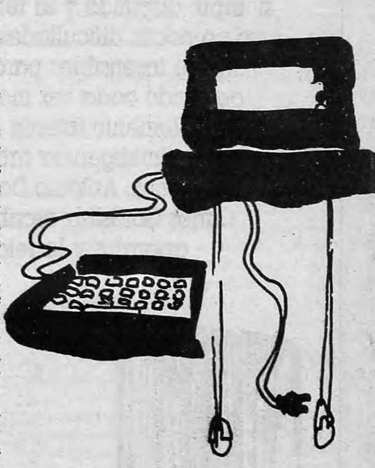
Sin embargo, muchos sostienen que sólo se trata de, como diría Luis Buñuel, cambiar ese oscuro objeto del deseo. Sabias y hechiceras, las computadoras no afectan el proceso creativo pero con sus palabras de cristal que aparecen y desaparecen a voluntad generan amores tan pasionales como Lou Andrea Salomé o Alma Mahler.

O P I N A N

La relación desconfiada

Por Antonio Dal Masetto

Teniendo en cuenta mi escaso interés por los motores, las máquinas, los aparatos electrónicos en general, las posibilidades de enredarme con una computadora siempre fueron muy remotas. Así que sólo la casualidad y el entusiasmo de un par de amigos lograron que uno de esos bichos cruzara un día la puerta de mi departamento. Los primeros contactos no fueron fáciles. Me inquietaba sobre todo esa pantalla, que no se me aparecía como la ciega, tonta y muda pantalla de un televisor apagado, sino como un ojo espiando desde el fondo de la oscuridad, indagando, registrando. Recuerdo que la primera noche, antes de acostarme, pese a que el aparato estaba cubierto con una funda de plástico, le coloqué varias planchas de cartón delante, para crear una separación más sólida entre nosotros dos y no me sentí ridículo al hacerlo. Aun así, traté de dormir de espaldas a la computadora. Los siguientes días las cosas se fueron relajando un poco. De todos modos ciertos datos, ciertos detalles, no dejaban de alarmarme. Por ejemplo, la lectura del texto en la pantalla, tan prolijo, tan aparentemente definitivo, que me quitaba toda posible objetividad en cuanto a su validez o mediocridad. También la falta de sonido fue una contra. Traté de alentarme diciéndome que todos los cambios, todos los comienzos son complejos. Me imaginé el momento de la aparición de las primeras máquinas de escribir después de miles de años de escritura a mano. Más de cuatro poetas de esa época habrán intentado descalificar textos de algunos colegas más atrevidos, por el hecho de haber sido redactados en ese nuevo y escandaloso aparato mecánico, tan ruidoso y antiestético. Todo evoluciona, todo cambia, pensé, y finalmente todo se acepta. Y recordé la frase de un escritor y periodista amigo, cierta tarde, quien al escuchar el furioso tableteo de una máquina de escribir, se detuvo y con cara de felicidad, me dijo: "La mejor de todas las músicas". Así, que probablemente también yo terminé por adaptarme y lograr una buena convivencia. De todos modos, por ahora, la relación sigue siendo distante y mi desconfianza persiste (y ella, la computadora, seguramente lo intuye). A su lado, sobre la mesa, está siempre la vieja Olivetti portátil (la gloriosa Lettera 32 que me acompañó en tantas mudanzas). Y seguirá estando ahí para contrarrestar un poco el creciente e inevitable poder del monstruo.



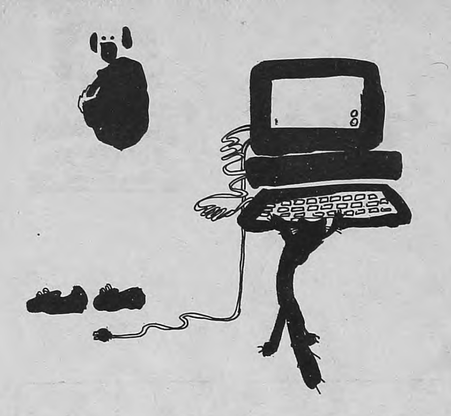
La computadora y yo

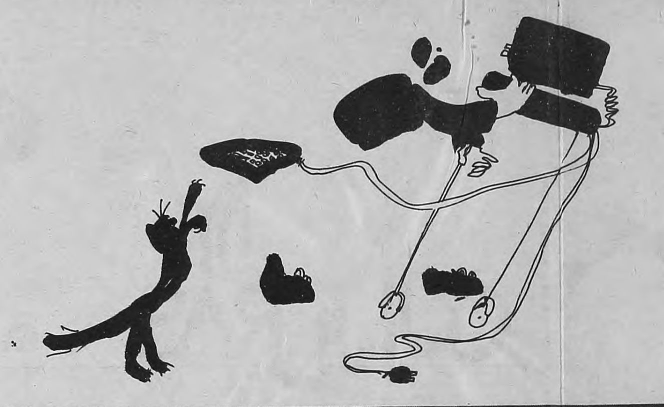
Por Mempo Giardinelli

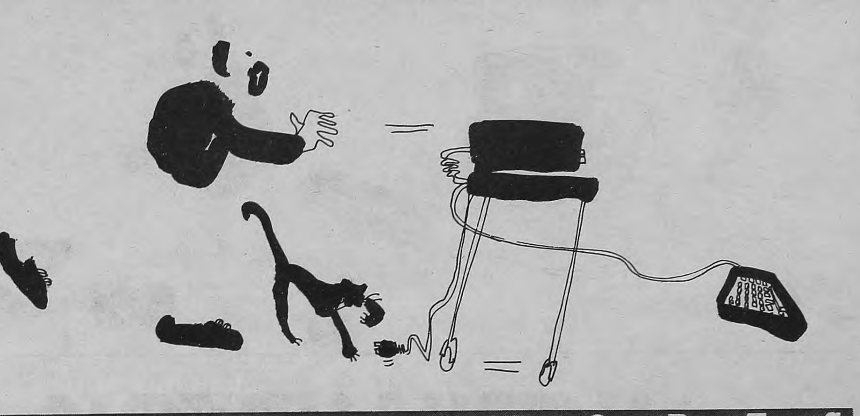
Quiso la casualidad que me pidieran esta nota el mismo día en que —para sofoco de mi ansiedad e inicio de mi desesperación— empecé a utilizar un ordenador MacIntosh Plus ante el cual me sentí como un zulú en la Londres victoriana, sentimiento que continúa mientras redacto estas líneas porque todo esto sucedió ayer.

Tribulaciones aparte —que no me faltan— mi decisión estaba tomada desde hace mucho tiempo. Creo que en este fin de milenio es inevitable entrar en este mundo. Mis dos hijas —que viven en Canadá y apenas están entrando a la adolescencia— ya me han tratado de anciano oscurantista y decrépito por no tener la menor idea sobre computadoras y programas, que ellas manejan con la misma soltura con que Borges improvisaba una conferencia sobre literatura de Islandia. Uno se queda atrás si se resiste, además de que las resistencias tecnológicas siempre son bastante reaccionarias, a la par que idiotas. Por cierto, yo necesitaba este equipo para mi revista *Puro Cuento* y sobre todo para terminar la novela en que trabajo desde hace seis años, que ha crecido como un joven montañés que ahora domina al autor de sus días.

Pero la cosa no fue —no es— fácil. Cuando apreté la primera tecla, dada mi incontrolable torpeza, tiré el teléfono al piso. Al ir a anotar una duda en la agenda, apagué la computadora de un codazo, y del susto que me produjo me abalancé para evitar que se apagara su suave existencia con lo cual choqué contra el termo del mate, que al caer se hizo añicos junto al enchufe. En eso, la *printer* dio como un latigazo hacia la izquierda, y en una milésima de segundo dio otro hacia la derecha (lo cual me hizo acordar de más de uno) y aparte del azoro caí en la evocación de esa velocidad, ese vértigo con que se le







UNA MAQUINA DE PRO Y CONTRAS

Por Viviana Gorbato

Cuando Gabriel García Márquez anunció al mundo que estaba escribiendo una novela utilizando su computadora, la sorpresa fue mayúscula. Costaba imaginar al hombre que recibió el Premio Nobel vestido con una guayabera, ahora prendido a la pantalla de un ordenador como un yuppie de Nueva York. Resultaba incongruente la imagen de un coronel analfabeto confiándole sus pesares a un escriba electrónico o la de una Remeditos levitando entre bytes y diskettes. Macondo siempre estuvo más cerca de la alquimia que de la informática.

La aparición de *El amor en los tiempos del colera* avivó la polémica. Si bien el libro pronto fue best-seller, la opinión de la crítica no fue tan unánime. En voz baja, muchos echaron la culpa del vuelco estilístico del creador de *Cien años de soledad* a su romance con las modernas tecnologías.

Aunque cada vez son más los intelectuales que utilizan un ordenador, todavía la polémica sigue en pie. Entre los recalcitrantes más combativos están figuras de la talla de Camilo José Cela y Juan Goytisolo. Este último ha declarado que recurrir, no ya a la computadora, sino a la máquina de escribir para hacer literatura es como hacer el amor con preservativo. En el otro bando milita sin embargo una figura patriarcal como el filósofo José Ferrater Mora, el respetado autor de los tan mentados y voluminosos diccionarios especializados. Sobriamente, Ferrater Mora ha hecho la salvedad de que no se debe convertir a la máquina en panacea de la expresión.

Delirante de entusiasmo, José Luis Brea, dilecto alumno de Jean François Lyotard, entiende que *"las nuevas tecnologías van a alterar de forma profunda la personalidad de los creadores y, lo que es aun más impresionante van a derribar la credibilidad de los discursos tradicionales"*. Por lo menos es lo que sostuvo en un Congreso de Filósofos Jóvenes que se realizó en Alcalá de Henares. Este pensador posmoderno español utopiza sobre la influencia de las computadoras sosteniendo que por ellas el saber adquiere nuevo rango y se generaliza. Subraya que las nuevas tecnologías aumentan la "velofícación". Advierte que, mientras en el pasado la difusión de los discursos era lenta y alcanzaba lentamente su vigencia paradigmática, ahora los plazos son mínimos y diluyen la credibilidad de los grandes discursos globalizadores. Las nuevas relaciones productores-discursos y receptores-discursos son tan importantes como *'el descubrimiento de la imprenta, que en su momento cambió el discurso sobre la credibilidad de la fe. Y si aquel fue un paso en la pérdida de toda ilusión, la telemática sería un nuevo paso. Esta conciencia desilusionada va a afectar la producción de filósofos y narradores"*.

Más allá de Brea y su cruzada iluminista contra los que defienden intereses arcaicos, son muchos los intelectuales que consideran que en el uso cotidiano de un ordenador para su trabajo no hay ningún misterio. Generalmente, un escritor, periodista o filósofo accede al mundo de la computación a través de un "procesador de palabras" que es, simplemente, un programa que aplicado a un ordenador se convierte, como explica el escritor español Alfonso Armada, en *"una herramienta privilegiada para nuestra tarea. La facilidad para corregir, mover párrafos, cambiar y buscar palabras, almacenar y conservar, sacar copias y revisar un texto son infinitamente superiores a las prestaciones de una máquina de escribir tradicional o eléctrica"*.

Generalmente, se cree que un intelectual debe aprender informática para gozar de los beneficios de esta especial secretaria electrónica. Tonterías. El niño que dibuja una tortuga con su pequeña computadora generalmente sabe más de programación que el individuo que se traduce toda *La Divina Comedia* del Dante utilizando un procesador de palabras. Sólo es necesario tomar dos o tres clases, practicar con un poco de paciencia y, sobre todo, no hacerse demasiadas preguntas metafísicas. El word proccessor no es más que una sofisticada máquina de escribir y lo esencial consiste en apretar las teclas adecuadas. Manejar un auto es un aprendizaje que lleva mucho más tiempo y sigue todavía siendo muchísimo más complejo.

"Traten de imaginar una vida en la cual escribir es el instrumento imprescindible de expresión, necesario, inevitable. La computadora no será otra cosa que un juguete silencioso y algo mágico que la providencia hace mover sobre la mesa de un anciano" opina el escritor sueco Olaf Lagercrantz. Este compatriota de Ingmar Bergman, autor de *Mi primer círculo*, una reciente biografía de Joseph Conrad que por momentos confronta, con la de August Strindberg manifiesta un solo temor: *"que la relación entre la mano y el signo se rompa con la computadora, que lo concreto del contacto que se realiza al dibujar la forma de la letra sobre el papel se convierta en lo abstracto, por una abstracción huidiza. Pero hay que saber rechazar todo sentimentalismo"*.

Los argumentos eróticos del tipo de los de Goytisolo *("amor con preservativos")* no dejan de tener su cuota de verdad. Se pierde la angustia de la hoja en blanco, los arranques pasionales con que se aporrean las teclas, bofetadas que adquieren el sonido de una pasada de carro o el curioso perfume de la tinta en las manos. Tampoco es fácil imaginarse a Sartre escribiendo en el Dôme de París con un computador o a Hemingway mezclando daiquiris con visores en el Floridita de la Habana Vieja.

Sin embargo, muchos sostienen que sólo se trata de, como diría Luis Buñuel, cambiar ese oscuro objeto del deseo. Sabias y hechiceras, las computadoras no afectan el proceso creativo pero con sus palabras de cristal que aparecen y desaparecen a voluntad generan amores tan pasionales como Lou Andrea Salomé o Alma Mahler.

OPINAN LOS ESCRITORES

La relación desconfiada

Por Antonio Dal Masetto

Teniendo en cuenta mi escaso interés por los motores, las máquinas, los aparatos electrónicos en general, las posibilidades de enredarme con una computadora siempre fueron muy remotas. Así que sólo la casualidad y el entusiasmo de un par de amigos lograron que uno de esos bichos cruzara un día la puerta de mi departamento. Los primeros contactos no fueron fáciles. Me inquietaba sobre todo esa pantalla, que no se me aparecía como la ciega, tonta y muda pantalla de un televisor apagado, sino como un ojo espiando desde el fondo de la oscuridad, indagando, registrando. Recuerdo que la primera noche, antes de acostarme, pese a que el aparato estaba cubierto con una funda de plástico, le coloqué varias planchas de cartón delante, para crear una separación más sólida entre nosotros dos y no me sentí ridículo al hacerlo. Aun así, traté de dormir de espaldas a la computadora. Los siguientes días las cosas se fueron relajando un poco. De todos modos ciertos datos, ciertos detalles, no dejaban de alarmarme. Por ejemplo, la lectura del texto en la pantalla, tan prolijo, tan aparentemente definitivo, que me quitaba toda posible objetividad en cuanto a su validez o mediocridad. También la falta de sonido fue una contra. Traté de alentarme diciéndome que todos los cambios, todos los comienzos son complejos. Me imaginé el momento de la aparición de las primeras máquinas de escribir después de miles de años de escritura a mano. Más de cuatro poetas de esa época habrán intentado descalificar textos de algunos colegas más atrevidos, por el hecho de haber sido redactados en ese nuevo y escandaloso aparato mecánico, tan ruidoso y antiestético. Todo evoluciona, todo cambia, pensé, y finalmente todo se acepta. Y recordé la frase de un escritor y periodista amigo, cierta tarde, quien al escuchar el furioso tableteo de una máquina de escribir, se detuvo y con cara de felicidad, me dijo: "La mejor de todas las músicas". Así, que probablemente también yo terminé por adaptarme y lograr una buena convivencia. De todos modos, por ahora, la relación sigue siendo distante y mi desconfianza persiste (y ella, la computadora, seguramente lo intuye). A su lado, sobre la mesa, está siempre la vieja Olivetti portátil (la gloriosa Lettera 32 que me acompañó en tantas mudanzas). Y seguirá estando ahí para contrarrestar un poco el creciente e inevitable poder del monstruo.



Un matrimonio infeliz

Por Tomás Eloy Martínez

Entre marzo y abril de 1987, cuando yo aún vivía en Washington D.C., los amigos cercanos que allí tengo resolvieron confinarme al purgatorio de los parias. De pronto, nada hubo en el mundo que nos uniera. Nos citábamos en los museos o en los cafés de Georgetown, y ya no hablábamos de pintores ni de libros. Yo era un inútil para toda conversación, un sobreviviente de otro siglo, el fósil que incomodaba sus entusiasmos. La razón era muy simple. Yo no quería comprarme una computadora, y me había resistido a las ofertas.

Estaba encariñado con mi Olympia electrónica compacta, que al fin de cuentas no me parecía tan anticuada.

Viví, durante seis semanas, el oprobio de los inocentes condenados a muerte. Al final, cedí. Compré una Kaypro compatible con IBM y una impresora NEC que suelta 240 caracteres cada diez segundos en idiomas infinitos (incluidos el sánscrito, el griego y el árabe). La Kaypro es imponente: tiene un disco duro alimentado con tres o cuatro enciclopedias, y dos floppies adicionales. Los que saben, me entienden.

Sin la menor vergüenza declaro que durante cuatro semanas lamenté haberme privado de tal maravilla. Con el sudor de mi sangre aprendí los funcionamientos combinados de las diversas teclas, y me lancé al vacío. Escribí cartas a medio mundo, utilizando el mismo modelo para contar la historia de mi vida con ligeras variantes dedicadas a cada corresponsal; organicé ficheros en los que incluí referencias sobre todos los temas y autores que me importan; alimenté la boca sin fondo del disco duro con versiones corregidas de todos los textos que escribí en el pasado y que nunca me atreveré a publicar; moví párrafos de lugar, diagramé las páginas. Jugué con el entusiasmo de un infante.

Hasta que llegó el momento de escribir en serio. Me senté, con la máquina completamente dominada, y vomité mi primer par de carillas. Lo que salió de las páginas no era yo. Párrafos limpios, claros, correctos, iba a decir bien almidonados, pero sin la pasión, la furia y la alegría con que los había soñado. Durante meses, persistí. Tres a cuatro meses, a razón de cuatro horas por día. Estas líneas que usted está leyendo, nacidas de mi Olympia de siempre, son probablemente mediocres. No sabe usted, sin embargo, cuánto mejor respiran que los laboriosos tartamudeos que extraje de mi computadora.

Cierta noche me desperté con la impresión de haber soñado un párrafo genial. Corrí hacia el teclado sinfónico de la Kaypro mientras repetía el párrafo en alta voz para que no se me volara de la memoria. Encendí la máquina, que me costó doscientos dólares más que los modelos corrientes porque es dos veces más veloz. Esperé un minuto, dos, tres, hasta que la pantalla me indicara que ya estaba lista para recibir el fruto imperioso de mi sueño. Sentí que mientras pasaba el tiempo, el párrafo genial se desmigajaba, la vigilia le devolvía su opacidad original, las palabras se me iban cayendo a pedazos. Descubrí, en suma, que el placer de la escritura se me había esfumado para siempre en el altar de aquel Moloch demasiado sensato, demasiado obediente, demasiado lento. La computadora recibió una frase yerta del sueño. En ese instante, un corte de luz me la borró.

Algunos de mis amigos tienen, como quien dice, buena mano para entenderse con ese monstruo del siglo XXI y viven con él un matrimonio feliz. Yo no. Prefiero el divorcio.

La computadora y yo

Por Mempo Giardinelli

Quiso la casualidad que me pidieran esta nota el mismo día en que —para sofoco de mi ansiedad e inicio de mi desesperación— empecé a utilizar un ordenador MacIntosh Plus ante el cual me sentí como un zulú en la Londres victoriana, sentimiento que continúa mientras redacto estas líneas porque todo esto sucedió ayer.

Tribulaciones aparte —que no me faltan— mi decisión estaba tomada desde hace mucho tiempo. Creo que en este fin de milenio es inevitable entrar en este mundo. Mis dos hijas —que viven en Canadá y apenas están entrando a la adolescencia— ya me han tratado de anciano oscurantista y decrépito por no tener la menor idea sobre computadoras y programas, que ellas manejan con la misma soltura con que Borges improvisaba una conferencia sobre literatura de Islandia. Uno se queda atrás si se resiste, además de que las resistencias tecnológicas siempre son bastante reaccionarias, a la par que idiotas. Por cierto, yo necesitaba este equipo para mi revista *Puro Cuento* y sobre todo para terminar la novela en que trabajo desde hace seis años, que ha crecido como un joven montañés que ahora domina al autor de sus días.

Pero la cosa no fue —no es— fácil. Cuando apreté la primera tecla, dada mi incontrolable torpeza, tiré el teléfono al piso. Al ir a anotar una duda en la agenda, apagué la computadora de un codazo, y del susto que me produjo me abalancé para evitar que se apagara su suave existencia con lo cual choqué contra el termo del mate, que al caer se hizo añicos junto al enchufe. En eso, la *printer* dio como un latigazo hacia la izquierda, y en una milésima de segundo dio otro hacia la derecha (lo cual me hizo acordar de más de uno) y aparte del azoro caí en la evocación de esa velocidad, ese vértigo con que se le corrían las medias a mi madre para provocarle un mal humor que le duraba todo el día.

Esto de las computadoras tiene todavía mucho de mito. No sé por qué cierta prensa tilinga se ha empeñado en propagandizar, por ejemplo, que García Márquez y muchos escritores contemporáneos escriben sus novelas en computadoras, como si las hubieran escrito en Marte, o como si ya se hubiera acabado el trabajo literario, la corrección, la búsqueda del estilo. En realidad, es todo lo contrario: hoy el artista puede *crear* en un ordenador, con las mismas complicaciones y ventajas con que se habrán topado Dostoievsky, por ejemplo, o Henry James, cuando conocieron la máquina de escribir que Philo Remington empezó a comercializar en 1874 en base a un invento patentado por Henry Mill 160 años antes. Una computadora no modifica la obra literaria, aunque seguramente sí modifica las posibilidades de escritura, en tanto facilita, ayuda, mejora y auxilia la labor imaginativa. En mi opinión, todo lo que sea avanzar en la creación es bueno, y de lo que se trata es de desmitificar la tecnología, que siempre está al servicio de los intentos humanos (los mejores y los abominables, claro está), y de abandonar el pensamiento mágico —esa costumbre tan argentina, esa imbecilidad nacional— en este caso aplicado a la literatura. Porque, después de todo y afortunadamente, si no hay talento en quien la maneja, la mejor computadora no escribirá una obra superior.

Mi equipo tiene un *mouse* (ratón) que es un canalla inaprehensible, pero al que voy dominando poco a poco en estas primeras horas en que mi ordenador tiene tres programas de los cuales todavía no sé manejar ninguno. Pero lo lindo es que entre sus infinitas posibilidades operativas figura un *puzzle* que es, me parece, lo más sensato que hizo el inventor de esta máquina: es un jueguito de 15 números distribuidos en 16 casilleros, para que el aprendiz se entretenga cuando lo venza el desánimo. Por supuesto, tampoco pude resolverlo, pero es divertidísimo y anoche me pasé tres horas ratoneando —moviendo el *mouse*, quiero decir— con fría determinación y seguro de que finalmente lograré esto y mucho más en mi computadora. Claro que, debo confesarlo, para este texto debí enfundar el sofisticado equipo y recurrir a esta vieja y noble Lettera 22 que me acompaña desde hace 25 años.

consiDORAciones

Por Carlos Gorostiza

Hace apenas algo más de un mes que conocí a Dora. Resolví en seguida ponerle este nombre porque nunca, —por razones obvias— me gustó la palabra "computadora". Desde entonces, a pesar de sus hermetismos y pequeñas traiciones, mantengo con ella una relación estrecha y casi cariñosa. Y es por esto que inauguro este espacio exclusivamente dedicado a esta relación.

Aquí, en este espacio, entonces, —que tampoco quiero llamar "file" por razones obvias— incluiré ideas, sensaciones, humores, sentimentos y toda clase de apariciones, que nos unan o se interpongan entre nosotros dos. Por ejemplo, digámonos la verdad: ¿realmente Dora me alivia la tarea? La tarea de correcciones y copiado de mis dos últimos trabajos en máquina de escribir —la pieza teatral *El frac rojo* y la novela *El basural*— me sacaron callos en todo el cuerpo. Se lo atribuí a falta de entrenamiento después de más de tres años de obligado divorcio con la máquina, dedicado a otros compromisos que en su momento entendí debí cumplir. Pero de todos modos los callos ahí estaban y el cansancio también y no era cuestión de pensar en el pasado sino en el futuro. Y en el futuro estaba Dorita. Y la compré. Así lo digo. Franca, brutalmente, tal como pensaba acerca de ella entonces: la compré. Perdón, Dorita, pero sí: en aquel momento creí que te había comprado. Fue después de varios días de trato continuo con vos, después de nuestros primeros toqueteos, que entendí que el fruto de nuestra relación no iba a ser solamente un simple ahorro de trabajo, una simple comodidad, un poder escribir textos y corregirlos y después imprimirlos sin mayor esfuerzo. No. La revelación vino después. Fue cuando empecé a conocerte conociendo tus mañas, tus habilidades y tu inteligente fidelidad. Fue cuando empecé a entender que con vos me sentía más libre.

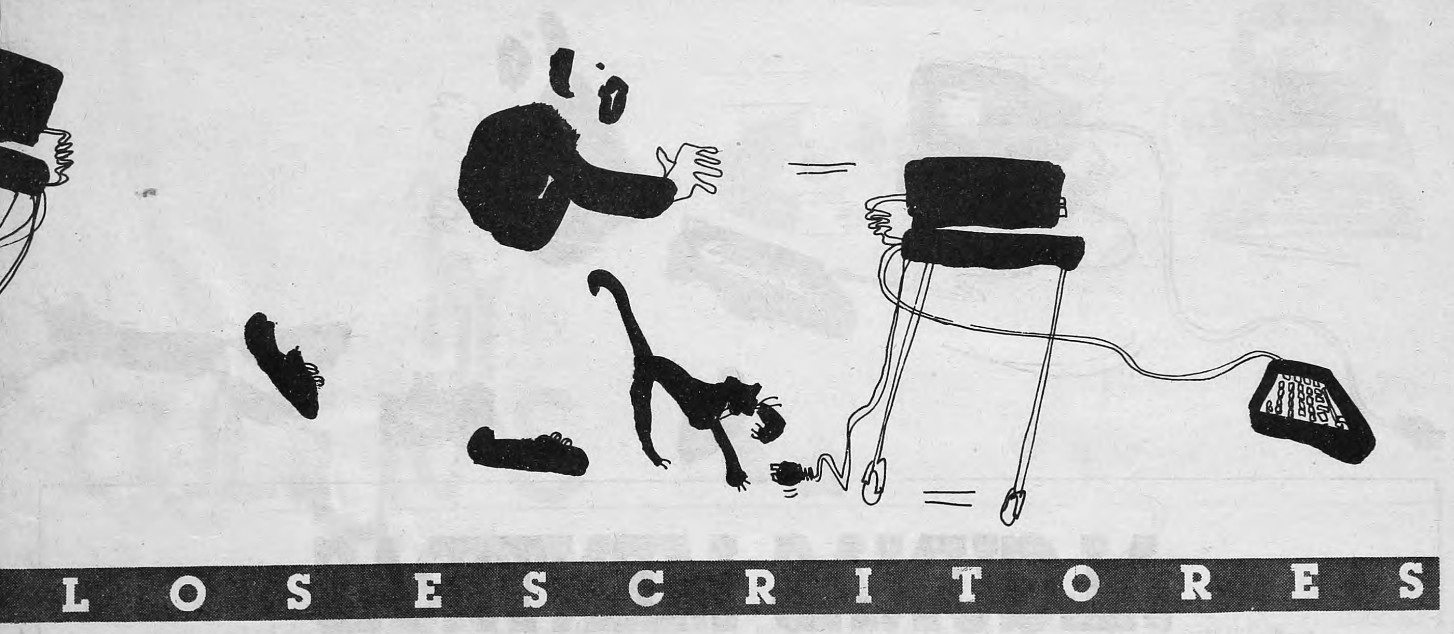
¿Qué te parece? ¿Te diste cuenta de lo que te dije? Casi nada, ¿no? Pero así es. Esto de poner las ideas en un papel que no es un papel y esto de exponer pensamientos un poco en el aire exponiéndose uno frente a sí mismo y frente a cualquier curioso que apareciera aquí en este momento descubriendo este diálogo que ya empecé a mantener con vos y que en realidad no sé si es con vos o es conmigo mismo... todo esto, te lo debo confesar, me hace sentir más libre. Como cuando uno, haciendo funcionar excepcionalmente su capacidad de autocrítica, descubre que escribió tal estupidez que ésta no merece ni descansar arrugada en el fondo del cesto de papeles y entonces uno aprieta aquí una teclita y chau la estupidez se volatiliza y desaparece y con ella una mala opinión de uno mismo. Diría que sentirse más libre es difícil: con vos nada es definitivo, todo es posible. Y para qué hablar de las oportunidades que a uno se le presentan para poder tomar conciencia de las limitaciones humanas: a vos, Dorita, te creó un hombre, un hombre como yo pero tal vez más inteligente que yo porque a veces no alcanzo a entenderte ni a entenderlo a él cuando todas las letras de la pantalla empiezan a correrse hacia la derecha y yo no sé que hacer contigo, con tu pantalla, con tus teclas y con toda esta jodida complicación. Pero a veces soy yo quien se siente más inteligente porque te pido cosas que no sabés dar —una ideíta, por ejemplo— y entonces entiendo que quien te hizo sabe algunas cosas más que yo pero también algunas menos. De esto hablaremos en el futuro, no te preocupes. Porque seguiré dialogando con vos, quiero decir conmigo. Ahora te dejo porque es tarde y debo ir al ensayo. Mañana la seguimos.

Mañana un carajo. Hace tres días que quería encenderte para poder hablarte pero el domingo se fue la luz y recién volvió esta tarde. Todo lo que venía diciéndote y diciéndome es verdad, pero estoy seguro de que será más verdad en Oslo o Estocolmo. Me dijeron que allá no hay cortes de luz. Estoy pensando seriamente en mudarme. Hasta pronto, Dorita. ¿Pronto? Ojalá. Chau, entonces.





Domingo 13 de marzo de 1988



LOS ESCRITORES

Un matrimonio infeliz

Por Tomás Eloy Martínez

Entre marzo y abril de 1987, cuando yo aún vivía en Washington D.C., los amigos cercanos que allí tengo resolvieron confinarme al purgatorio de los parias. De pronto, nada hubo en el mundo que nos uniera. Nos citábamos en los museos o en los cafés de Georgetown, y ya no hablábamos de pintores ni de libros. Yo era un inútil para toda conversación, un sobreviviente de otro siglo, el fósil que incomodaba sus entusiasmos. La razón era muy simple. Yo no quería comprarme una computadora, y me había resistido a las ofertas.

Estaba encariñado con mi Olympia electrónica compacta, que al fin de cuentas no me parecía tan anticuada.

Viví, durante seis semanas, el oprobio de los inocentes condenados a muerte. Al final, cedí. Compré una Kaypro compatible con IBM y una impresora NEC que suelta 240 caracteres cada diez segundos en idiomas infinitos (incluidos el sánscrito, el griego y el árabe). La Kaypro es imponente: tiene un disco duro alimentado con tres o cuatro enciclopedias, y dos floppies adicionales. Los que saben, me entienden.

Sin la menor vergüenza declaro que durante cuatro semanas lamenté haberme privado de tal maravilla. Con el sudor de mi sangre aprendí los funcionamientos combinados de las diversas teclas, y me lancé al vacío. Escribí cartas a medio mundo, utilizando el mismo modelo para contar la historia de mi vida con ligeras variantes dedicadas a cada corresponsal; organicé ficheros en los que incluí referencias sobre todos los temas y autores que me importan; alimenté la boca sin fondo del disco duro con versiones corregidas de todos los textos que escribí en el pasado y que nunca me atreveré a publicar; moví párrafos de lugar, diagramé las páginas. Jugué con el entusiasmo de un infante.

Hasta que llegó el momento de escribir en serio. Me senté, con la máquina completamente dominada, y vomité mi primer par de carillas. Lo que salió de las páginas no era yo. Párrafos limpios, claros, correctos, iba a decir bien almidonados, pero sin la pasión, la furia y la alegría con que los había soñado. Durante meses, persistí. Tres a cuatro meses, a razón de cuatro horas por día. Estas líneas que usted está leyendo, nacidas de mi Olympia de siempre, son probablemente mediocres. No sabe usted, sin embargo, cuánto mejor respiran que los laboriosos tartamudeos que extraje de mi computadora.

Cierta noche me desperté con la impresión de haber soñado un párrafo genial. Corrí hacia el teclado sinfónico de la Kaypro mientras repetía el párrafo en alta voz para que no se me volara de la memoria. Encendí la máquina, que me costó doscientos dólares más que los modelos corrientes porque es dos veces más veloz. Esperé un minuto, dos, tres, hasta que la pantalla me indicara que ya estaba lista para recibir el fruto imperioso de mi sueño. Sentí que mientras pasaba el tiempo, el párrafo genial se desmigajaba, la vigilia le devolvía su opacidad original, las palabras se me iban cayendo a pedazos. Descubrí, en suma, que el placer de la escritura se me había esfumado para siempre en el altar de aquel Moloch demasiado sensato, demasiado obediente, demasiado lento. La computadora recibió una frase yerta del sueño. En ese instante, un corte de luz me la borró.

Algunos de mis amigos tienen, como quien dice, buena mano para entenderse con ese monstruo del siglo XXI y viven con él un matrimonio feliz. Yo no. Prefiero el divorcio.

corrían las medias a mi madre para provocarle un mal humor que le duraba todo el día.

Esto de las computadoras tiene todavía mucho de mito. No sé por qué cierta prensa tilinga se ha empeñado en propagandizar, por ejemplo, que García Márquez y muchos escritores contemporáneos escriben sus novelas en computadoras, como si las hubieran escrito en Marte, o como si ya se hubiera acabado el trabajo literario, la corrección, la búsqueda del estilo. En realidad, es todo lo contrario: hoy el artista puede *crear* en un ordenador, con las mismas complicaciones y ventajas con que se habrán topado Dostoievsky, por ejemplo, o Henry James, cuando conocieron la máquina de escribir que Philo Remington empezó a comercializar en 1874 en base a un invento patentado por Henry Mill 160 años antes. Una computadora no modifica la obra literaria, aunque seguramente sí modifica las posibilidades de escritura, en tanto facilita, ayuda, mejora y auxilia la labor imaginativa. En mi opinión, todo lo que sea avanzar en la creación es bueno, y de lo que se trata es de desmitificar la tecnología, que siempre está al servicio de los intentos humanos (los mejores y los abominables, claro está), y de abandonar el pensamiento mágico —esa costumbre tan argentina, esa imbecilidad nacional— en este caso aplicado a la literatura. Porque, después de todo y afortunadamente, si no hay talento en quien la maneja, la mejor computadora no escribirá una obra superior.

Mi equipo tiene un *mouse* (ratón) que es un canalla inaprehensible, pero al que voy dominando poco a poco en estas primeras horas en que mi ordenador tiene tres programas de los cuales todavía no sé manejar ninguno. Pero lo lindo es que entre sus infinitas posibilidades operativas figura un *puzzle* que es, me parece, lo más sensato que hizo el inventor de esta máquina: es un jueguito de 15 números distribuidos en 16 casilleros, para que el aprendiz se entretenga cuando lo venza el desánimo. Por supuesto, tampoco pude resolverlo, pero es divertidísimo y anoche me pasé tres horas ratoneando —moviendo el *mouse,* quiero decir— con fría determinación y seguro de que finalmente lograré esto y mucho más en mi computadora. Claro que, debo confesarlo, para este texto debí enfundar el sofisticado equipo y recurrir a esta vieja y noble Lettera 22 que me acompaña desde hace 25 años.

consiDORAciones

Por Carlos Gorostiza

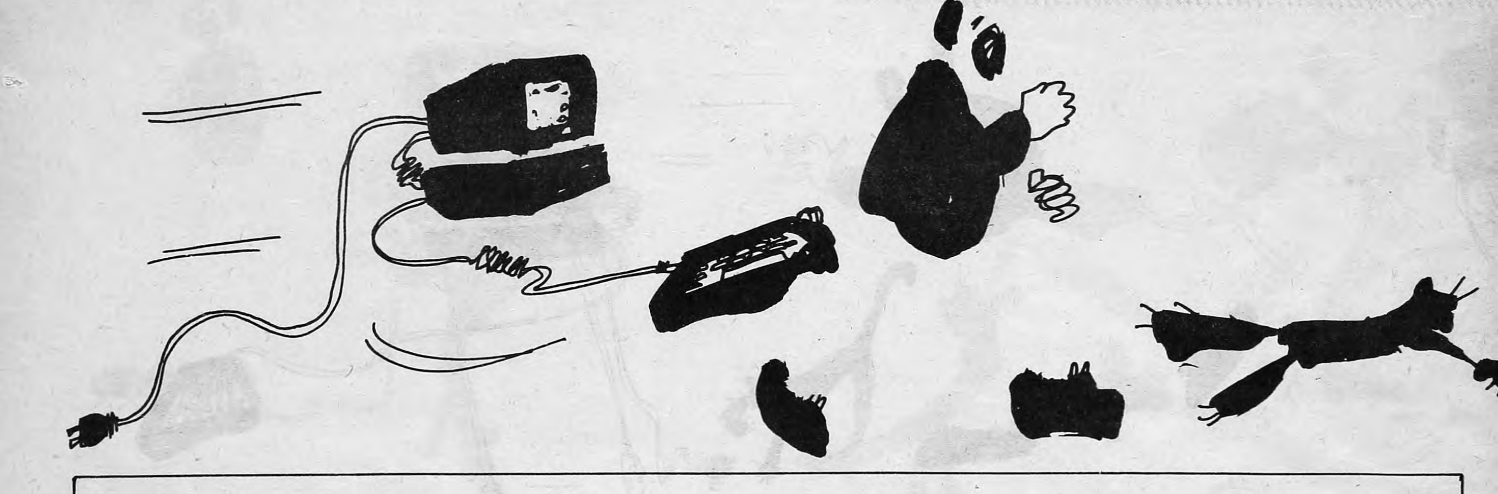
Hace apenas algo más de un mes que conocí a Dora. Resolví en seguida ponerle este nombre porque nunca, —por razones obvias— me gustó la palabra "computadora". Desde entonces, a pesar de sus hermetismos y pequeñas traiciones, mantengo con ella una relación estrecha y casi cariñosa. Y es por esto que inauguro este espacio exclusivamente dedicado a esta relación.

Aquí, en este espacio, entonces, —que tampoco quiero llamar "file" por razones obvias— incluiré ideas, sensaciones, humores, sentimentos y toda clase de apariciones, que nos unan o se interpongan entre nosotros dos. Por ejemplo, digámonos la verdad: ¿realmente Dora me alivia la tarea? La tarea de correcciones y copiado de mis dos últimos trabajos en máquina de escribir —la pieza teatral *El frac rojo* y la novela *El basural*— me sacaron callos en todo el cuerpo. Se lo atribuí a falta de entrenamiento después de más de tres años de obligado divorcio con la máquina, dedicado a otros compromisos que en su momento entendí debí cumplir. Pero de todos modos los callos ahí estaban y el cansancio también y no era cuestión de pensar en el pasado sino en el futuro. Y en el futuro estaba Dorita. Y la compré. Así lo digo. Franca, brutalmente, tal como pensaba acerca de ella entonces: la compré. Perdón, Dorita, pero sí: en aquel momento creí que te había comprado. Fue después de varios días de trato continuo con vos, después de nuestros primeros toqueteos, que entendí que el fruto de nuestra relación no iba a ser solamente un simple ahorro de trabajo, una simple comodidad, un poder escribir textos y corregirlos y después imprimirlos sin mayor esfuerzo. No. La revelación vino después. Fue cuando empecé a conocerte conociendo tus mañas, tus habilidades y tu inteligente fidelidad. Fue cuando empecé a entender que con vos me sentía más libre.

¿Qué te parece? ¿Te diste cuenta de lo que te dije? Casi nada, ¿no? Pero así es. Esto de poner las ideas en un papel que no es un papel y esto de exponer pensamientos un poco en el aire exponiéndose uno frente a sí mismo y frente a cualquier curioso que apareciera aquí en este momento descubriendo este diálogo que ya empecé a mantener con vos y que en realidad no sé si es con vos o es conmigo mismo... todo esto, te lo debo confesar, me hace sentir más libre. Como cuando uno, haciendo funcionar excepcionalmente su capacidad de autocrítica, descubre que escribió tal estupidez que ésta no merece ni descansar arrugada en el fondo del cesto de papeles y entonces uno aprieta aquí una teclita y chau la estupidez se volatiliza y desaparece y con ella una mala opinión de uno mismo. Diría que sentirse más libre es difícil: con vos nada es definitivo, todo es posible. Y para qué hablar de las oportunidades que a uno se le presentan para poder tomar conciencia de las limitaciones humanas: a vos, Dorita, te creó un hombre, un hombre como yo pero tal vez más inteligente que yo porque a veces no alcanzo a entenderte ni a entenderlo a él cuando todas las letras de la pantalla empiezan a correrse hacia la derecha y yo no sé que hacer contigo, con tu pantalla, con tus teclas y con toda esta jodida complicación. Pero a veces soy yo quien se siente más inteligente porque te pido cosas que no sabés dar —una ideíta, por ejemplo— y entonces entiendo que quien te hizo sabe algunas cosas más que yo pero también algunas menos. De esto hablaremos en el futuro, no te preocupes. Porque seguiré dialogando con vos, quiero decir conmigo. Ahora te dejo porque es tarde y debo ir al ensayo. Mañana la seguimos.

Mañana un carajo. Hace tres días que quería encenderte para poder hablarte pero el domingo se fue la luz y recién volvió esta tarde. Todo lo que venía diciéndote y diciéndome es verdad, pero estoy seguro de que será más verdad en Oslo o Estocolmo. Me dijeron que allá no hay cortes de luz. Estoy pensando seriamente en mudarme. Hasta pronto, Dorita. ¿Pronto? Ojalá. Chau, entonces.





ALGUNAS MENTIRAS SOBRE COMPUTADORAS

Por Theodore Roszak

Piense en ello como un problema de comercialización.

Suponga que usted hubiese inventado una máquina que procesara información —una especie de caja de material electrónico que pudiese almacenar un número aparentemente infinito de datos y cifras— y que los manipulara a la velocidad de un relámpago obedeciendo a algún proceso lógico.

¿Cómo emprendería la tarea de crear un mercado tan amplio como fuera posible para este ingenioso invento?

La respuesta más obvia sería: convenciendo a la gente de que necesita información, *muchísima* información, y que también necesita manipularla con mucha rapidez.

Una solución podría ser ampliar el significado de la palabra *información* hasta que este término, antes modesto y anodino, incluyese tanto equipamiento intelectual como fuera posible —tal vez, todo lo que contuviese la propia mente—. Si fuera usted capaz de conseguir esto, podría anunciar su máquina como una especie de inteligencia vicaria. Y si luego pudiese usted demostrar que su máquina almacena más equipamiento y lo moviliza con mayor rapidez que cualquier cabeza humana, incluso podría pretender haber inventado un tipo superior de mente, una mente en la que se podría confiar cada vez con más responsabilidad en todas las áreas de la vida.

En la década de los ochenta hemos venido oyendo decir a los populares sociólogos John Naisbitt y Alvin Toffler que el público en general se ha ido haciendo más sensible a la higiene y a la estética de la vida industrial. Qué bueno sería, pues, si pudiéramos dejar atrás para siempre las viejas industrias de chimeneas; nuestra es la "era de la información", en la que nuestro más valioso recurso/ capital/ mercancía/ dinero en circulación/ materia prima/ poder es la información. Desde entonces la palabra ha sido estirada para cubrir el conocimiento, el aprendizaje, el enjuiciamiento, el control, la elección, la toma de decisiones, la razón, la lógica, la creatividad, el pensamiento...; en realidad, todo lo que hace la mente. Si uno no tiene toda la información que pueda conseguir, no debe esperar poder enfrentarse a la vida moderna, que es una *explosión de información* progresiva, ni ser capaz en absoluto de *pensar*. Necesitamos un sistema educativo basado en la *alfabetización informática* para que los japoneses (o los rusos, o los franceses, o los británicos) no se sitúen por delante de nosotros en la *economía de la información*.

El atractivo de la alta tecnología tal como ha sido presentada por Naisbitt y Toffler es en gran parte un sueño utópico de un mundo en el que no habrá ninguna necesidad de mineros, mano de obra fabril, albañiles, limpiadores de alcantarillas, basureros. Todos nosotros, si todavía tenemos necesidad de trabajar, seremos personal de cuello blanco o ejecutivos pulsadores de botones y viviremos en una pristina zona de sol donde nunca tendrán fin la diversión, los deportes y el gran consumo. En su nivel más elevado, la información ha venido a representar la realización etérea de la industrialización. Acaba mágicamente con la pobreza, la suciedad, la enfermedad, la ignorancia y la injusticia y nos aporta el cuerno electrónico de la abundancia mundial.

Fantasías como ésta serían insustanciales tonterías si no estuvieran basadas en algo más que en el sensacionalismo publicitario y en la sociología *pop*. Pero el ordenador, que constituye el núcleo de nuestras aspiraciones en alta tecnología, disfruta de un formidable apoyo intelectual. No muy lejos, por detrás de los anunciantes y los comerciantes, están los científicos informáticos, los teóricos de la información, los científicos cognitivos, los especialistas en inteligencia artificial (IA). Estos campos —bien conectados con la industria y con los militares— se encuentran entre los más dotados de medios económicos y los más prestigiosos del mundo académico. Y lo sorprendente es que nadie en la avenida Madison ha hecho nunca una sola afirmación extravagante a favor del ordenador que no haya sido avalada por alguno de los miembros de esas profesiones, si es que éstos no han sido los primeros en inventarla. El culto a la información tiene unas profundas raíces intelectuales.

Respetadas autoridades en inteligencia artifical han venido prometiendo desde la década de los cincuenta, máquinas de pensar omnipotentes; máquinas que aprenderían, enseñarían, crearían, tomarían decisiones legales y médicas, serían capaces de solucionar las crisis políticas y, finalmente, inventarían máquinas todavía más inteligentes. Aquí, por ejemplo, tenemos a uno de los decanos de la IA, Marvin Minsky, del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT): "En un plazo de tres a ocho años tendremos una máquina con la inteligencia general de un ser humano medio. Quiero decir una máquina que será capaz de leer a Shakespeare, de engrasar un automóvil, de jugar un papel en la política, de contar un chiste, de pelearse. En este punto, la máquina comenzará a educarse a sí misma a una velocidad fantástica. En pocos meses alcanzará el nivel de un genio, y unos meses después de esto, su poder será incalculable". Esta predicción fue hecha en 1970.

El extravagante valor que en nuestros días se ha dado a la información no comienza con los agentes de venta y de publicidad, sino con los científicos informáticos. Desde que apareció la tecnología del proceso de datos, han visto en ella la definitiva explicación mecánica del —o el sustituto funcional para el— propio pensamiento. Esto es lo que hace que el culto a la información sea un desafío cultural tan grave. El ordenador no es una máquina como la dinamo o la locomotora a vapor. Existen científicos que la consideran como una *encarnación de la mente*.

Por este motivo ha adquirido un especial estatus simbólico y paradigmático —casi de la misma manera que en el siglo XVIII funcionó el reloj como un paradigma del universo en general—. En alguna parte, detrás de cada ordenador, y, con mayor importancia, de aquellos que están llenando nuestras aulas, se encuentra situado el modelo de proceso de la información del pensamiento humano, una imagen de nosotros mismos en nuestra humanidad esencial. Por supuesto (y por fortuna), los ordenadores pueden usarse en una variedad de formas útiles, sin aceptar ninguna de las más profundas pretensiones epistemológicas para ellos formuladas.

Pero hoy existen en nuestras escuelas *programas de escritura* (tales como el PC-Style), que asignan al trabajo de cada niño una puntuación de *legibilidad*, lo cual crea fácilmente la impresión de que la máquina *lee y entiende* e incluso *sabe cómo* escribir. Y no es así. Todo lo que hace es computar el número de sílabas de cada palabra y el número de palabras de cada frase y puntuar al niño mediante una norma fija, la cual prescribe palabras cortas y frases cortas. A partir de ese programa, un niño nunca aprendería que el escribir es una cuestión de gusto, de preferencia personal, de juicio subjetivo, todas ellas, las cosas más básicas que hay que aprender sobre el hecho de escribir. Cuanto más se aleccione a los niños en forma no crítica con trucos de instrucción como éste, más dispuestos estarán en años posteriores a creer que pensar es esencialmente una forma de proceso de la información, que la mente es un ordenador neurológico. Hágase esta concesión y no pasará mucho tiempo antes de que confiemos las funciones de la mente a las "máquinas que piensan", como ha dicho un entusiasta de los ordenadores.

Dista mucho de ser una sutileza semántica preguntarse si un ordenador *piensa*, especialmente cuando llega a enseñar a los niños el arte de pensar. Está absolutamente claro lo que hace un ordenador: canaliza *bits* de datos paso a paso a través de programas estrictamente definidos, de acuerdo con procedimientos lógicos formales. Lo mismo de claro debe estar, para cualquiera que se tome la molestia de prestar atención, que esto *no es* lo que hace la mente cuando piensa. No es que la mente no pueda procesar información; lo hacemos cuando seleccionamos nuestro itinerario a través de un cuadro horario de líneas aéreas para elegir el vuelo adecuado, tarea que está apropiadamente informatizada. Pero el acto de pensar cubre mucho más campo y, en su nivel más importante, maneja unidades enteras de significado denominadas *ideas*, las cuales, con frecuencia, tienen menos que ver con la información que con los valores, intenciones, convicciones, sentimientos sensuales, gusto, juicio y residuos de experiencias personales mezclados a lo largo de toda una vida. La mente piensa con ideas, no con datos. Las ideas tienen que existir para contener los datos; básicamente, las ideas generan datos al definir problemas, suscitar cuestiones, enfocar la atención y al conducir así a una investigación detallada. Al igual que la ciencia, los hechos emergen de las ideas llamadas teorías, las cuales rigen la observación y el experimento, que pueden terminar echando por tierra la teoría original.

Enseñar a los niños a pensar tiene muy poco ver con la información, y aun menos con la cara maquinaria de proceso de la misma. Tiene todo que ver con enseñarles cómo enfrentarse a las ideas. Y esto requiere una simple alfabetización a la vieja usanza —la capacidad para leer, escribir, escuchar y hablar con una conciencia crítica.

Después de todo, el modelo de proceso de la información de la mente humana es en sí mismo una idea sobre la mente —aunque no precisamente una idea muy buena—. No reúne las piezas de cualquier cuerpo de información. Surgió —como la concepción de la mente de Platón, de John Locke, o la de René Descartes— como una corazonada filosófica, una intuición, una visión. Pero, a diferencia de esas otras y más ricas ideas sobre la mente, el campo de la inteligencia artificial ha llegado a estar vinculado a una lucrativa pieza de mercado, y a través de éste, a las necesidades del complejo militar-industrial. Por desgracia, esto le confiere la persuasión que únicamente el dinero puede adquirir en el Estados Unidos de finales del siglo XX.

